



Prats: «Yo respetaba mucho a Allende y admiraba su honestidad y rectitud». En la foto, el general Prats con Allende durante un recorrido por Punta Arenas, la ciudad más meridional de Chile, en 1971.

## Unas Memorias que nunca se conocerán

# EL ASESINATO DEL GENERAL PRATS

**P**RATS, dedicado a las labores de auditor contable en una fábrica de neumáticos —FATE— de la capital argentina, acogido al asilo otorgado por el Gobierno peronista, creía en el retorno de la vida democrática en su país y poseía detalles invalorables sobre las pugnas internas de la Junta Militar, el grado de corrupción de los altos mandos militares y el nivel de descontento y contradicciones que soterradamente comienza a manifestarse principalmente a nivel de la suboficialidad.

El general retirado había comunicado alguno de estos temores a este corresponsal exactamente dos meses antes de que una bomba lo despedazara junto con su esposa.

Poco después de su arribo a Buenos Aires, transcurridos tres días del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, Prats y su esposa, Sofía Cuthbert, se establecieron en un apartamento, en el piso sexto de la calle Malabia, en el residencial barrio bonaerense de Palermo. El lugar es propicio para un atentado en la ma-

drugada: Calles arboladas, silenciosas y oscuras y doble fila de estacionamiento de autos. En la esquina, la ancha avenida Libertador General San Martín, que facilita una rápida huida. En ningún momento solicitó protección especial y, según manifestaba, tanto él como su esposa hicieron una habitual vida de trabajo.

El apartamento estaba bien amueblado, pero en forma sobria, y los ingresos del ex general como auditor, eran complementados por un pequeño negocio de ropa que había establecido su mujer.

«Vivo regularmente bien, sin lujos, pero la Junta continúa en su propaganda procaz e inmoral, tratando de desprestigiar y ensuciar mi nombre y el de mi familia», me dijo Prats en esa ocasión.

Su esposa Sofía también participó de parte del diálogo, que el ex general pidió que fuera privado en virtud de los cuidados que debía adoptar porque parte de su familia, sus padres, ya ancianos, tres hijas y cuatro nietos, se hallan todavía en Chile.

«Yo sabía que muchos de mis colegas eran inmorales y corruptos, pero sólo a partir del golpe me di cuenta cabal de lo que eran capaces de hacer y decir», me confió.

Tal vez pueda ser que uno de los objetivos de su asesinato resida en la información que me brindó en esta conversación: «Estoy escribiendo mis Memorias. Algunas de las cosas que viví estos años, algunas de las cosas que sufrí, vi y comprobé, en las Fuerzas Armadas».

Le pregunté cómo podía describirme el actual situación entre los militares de su país, y dijo: «Aun en un período de paz y constitucionalidad, siempre teníamos grandes tensiones y choques, incluso entre las distintas Armas. Pero ahora los datos que tengo sobrepasan todo lo imaginable: Hay robos cuantiosos, inmoralidades de todo tipo, y los oficiales llegan a sustituirse en un cargo por la simple posesión de un auto robado a algún militante preso de la Unidad Popular».

Quise saber si en sus Memorias

relataría algo de esto, y dijo: «Puede ser. Tengo los apuntes hechos. Pero debo tener cuidado por la situación del resto de mi familia. De cualquier forma hay que esperar algún hecho, en este sentido, más o menos propicio. Principalmente en la suboficialidad hay gran descontento. Ya se han producido rechazos concretos a las torturas y a las difamaciones y al tren de vida de los altos mandos».

Habló, también, aunque en forma muy escueta, del futuro: «Creo en el retorno de la democracia en Chile. Creo que, indefectiblemente, el pueblo chileno no aguantará vivir así. Creo que los derechos de los trabajadores tendrán que ser restituidos tarde o temprano y que esta camarilla en el poder deberá caer y ser juzgada».

Prats, vestido con un sencillo traje gris y una corbata a rayas, sentado en un sillón al lado de su esposa, guardaba esa noche el mismo aire sereno, honrado, que se le conoció en Chile y que era la característica fundamental sobre la que cargaba la campaña desatada contra él por la prensa

derechista chilena meses antes del golpe.

También esa noche recordamos una de sus últimas actuaciones públicas, un poco antes de que las presiones derechistas en el seno de las Fuerzas Armadas lo hicieron adoptar la resolución de renunciar a su cargo, dieciocho días antes que su sucesor Pinochet consumara el golpe.

Recordamos cómo él, a instancias directas del Presidente Allende como generalísimo de las Fuerzas Armadas, logró detener el avance de un grupo de tanques, en la mañana del 29 de junio de 1973, contra el palacio del Gobierno, movimiento conocido como «el tanquetazo» y que catalizó el golpe final del 11 de septiembre.

En esa ocasión, los corresponsales extranjeros vieron al general Prats detener a los tanques en la calle, a pocos pasos de La Moneda, golpeando con las palmas de sus manos en los blindados y conminando a la rendición.

«La situación era insostenible —comentó con el asentimiento de su esposa—, y yo personalmente me reuní con varios dirigentes de partidos políticos para hacerles ver que si no detenían sus ataques incontrolados al Gobierno, el desenlace sería fatal y nos sumergiríamos en una guerra fratricida».

Agregó con amargura: «Todavía recuerdo mi conversación en ese sentido con Eduardo Frei (ex Presidente demócrata-cristiano), en su propia residencia. Estaba

ensoberbecido. No quería escuchar razones. A cada argumento que yo le ponía, él sólo me decía que el deber de las Fuerzas Armadas era acabar con todo el armamento que él suponía que tenía la izquierda chilena. Le expliqué, una y mil veces que el problema no residía allí, pero no me quiso escuchar y en ningún momento me miró a la cara».

Prats hoy está muerto. Una gran evidencia histórica fue acallada desde una emboscada con todos los visos de haber sido minuciosamente preparada, con alta tecnología en el explosivo utilizado, asesinado sofisticadamente, como lo fueron también sus amigos, el general Alberto Bachelet y José Toha.

Prats murió como su antecesor, el general René Schneider, asesinado por un comando en octubre de 1970, para impedir la asunción del Presidente Allende y obligar a la ruptura de la doctrina constitucionalista que presuponía el acatamiento al poder civil y la no intervención de los militares en la política chilena.

Prats murió un poco más de un año después que sus colegas asesinaron en combate al Presidente Allende. Prats dijo de él esa última noche que este corresponsal lo vio vivo: «Yo respetaba mucho a Allende y admiraba su honestidad y rectitud. Lo que hicieron con él los militares la historia no lo perdonará y nuestros Fuerzas Armadas no serán las mismas hasta que se pague ese crimen».

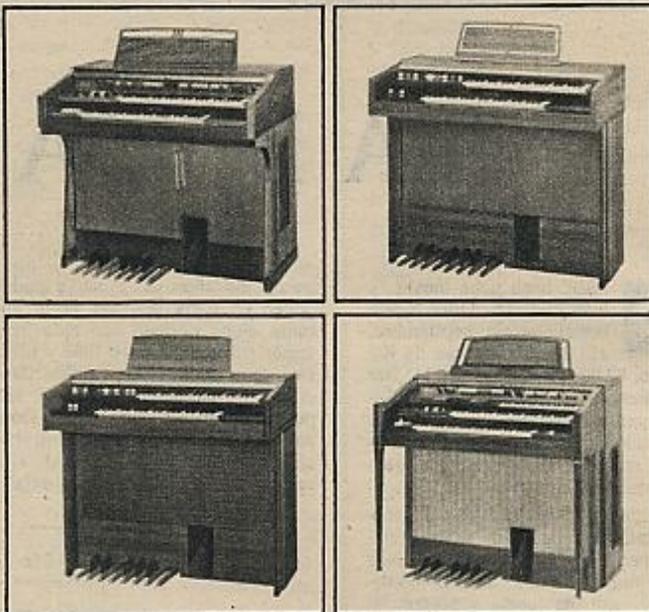
JORGE TIMOSSI.



Prats ha muerto asesinado como su antecesor, el general René Schneider.



## Un nuevo programa Hazen



A la hora de comprar un Organo Electrónico lo más importante es poder elegir, entre una gran variedad de marcas y modelos, aquél que más le convenga. Y, en España, esto sólo se lo puede ofrecer HAZEN. A los mejores precios y con grandes facilidades de pago.

 **HAZEN**  
DISTRIBUIDORA GENERAL DE PIANOS S.A.

Juan Bravo, 33-Madrid

**Gadim**

Calaf, 52. Barcelona